

serenas meditaciones, de pensamientos hondos y de imágenes luminosas, y ya sólo de cuando en cuando alguno de ellos, habitador del campo, madrugando a cazar, se detiene ante las consteladas puertas de la noche, y sacudido por un soplo de lo alto, pulsa la lira. Y es lástima que no sean más frecuentes esos raptos y trasportes, porque en los himnos en que se celebran las cosas de arriba la inspiración viene de arriba. Para estímulo, solaz y aprovechamiento de los amantes de la poesía, deberían recogerse en un tomo, bajo el título de **Los poetas del cielo**, las composiciones a que me refiero. En esa colección, que podría abrirse con el nombre de Virgilio y cerrarse con el de Francis Jammes, figurarían con honor algunos líricos colombianos, y *La luna* de Fallon, el **Himno a las estrellas** de Caro, las **Constelaciones** de Rivas Groot, y algunas estrofas de Ortiz, Pombo y Flórez, brillarían con luz propia y resistirían el cotejo con las de inspiración análoga de Shelley, Victor Hugo, Sully-Prudhomme, Longfellow, Bello, Pastor Díaz y algunos más.

El conocimiento de las estrellas siempre es útil, su culto siempre es benéfico, su amor dulce y consolador; y nadie debiera eximirse de aprender siquiera las primeras letras de esa ciencia que eleva el espíritu y ennoblece la vida. Cualquiera que sea nuestra profesión o empleo, cualesquiera que sean las circunstancias en que nos encontremos, las estrellas tienen siempre una palabra que decirnos o una lección que darnos. El poeta, arqueólogo de la noche, lee como en un libro el sentido oculto de esos jeroglíficos misteriosos; el astrónomo halla en esos signos la explicación de las leyes universales; el filósofo, escrutador de lo infinito, asciende por esos peldaños de luz hasta la idea del Ser supremo, causa primera de todo lo creado; y el pensador cristiano considera el cielo visible como el revés del otro, del de las almas, y toma las constelaciones como un símbolo o imagen de las muchas moradas que hay en la casa del Padre. El geógrafo no puede trazar los círculos de la tierra sin consultar los astros, y el químico advierte que el microscopio no es sino un telescopio invertido. Las estrellas

son faro del marinero, antorcha del explorador, guía del extraviado caminante. El campesino las interroga, y el pastor, en la soledad de sus riscos, habla con ellas. Con sus hebras de oro tejían antes los enamorados corazones la trama de sus sueños de ventura; ellas fueron testigos de muchas alegrías y confidentes de muchos pesares. Los que hemos movido los pasos lejos del suelo patrio, sabemos lo que vale la compañía y la amistad de las estrellas familiares; y los que tenemos amados despojos en extrañas tierras, sabemos también el consuelo que trae al dolorido pecho la lumbre de aquellos astros que, siguiendo un círculo determinado, como lámparas siempre encendidas, derraman su piedad desde el cenit sobre una tumba abandonada...

Desde el comedor de mi casa sigo el curso silencioso de esas deidades lejanas. El **Navío**, inclinando su proa, se hunde ya bajo el horizonte, y ante mí fulgura sin velo la **Cruz del sur**, en cuyos brazos, como en un piélago de claridades, van a confundirse las dos grandes corrientes de la vía láctea.

Y vienen a mi memoria las estrofas de la **Noche serena**:

¿Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra?...

DON VICTOR E. CARO, LITERATO Y HOMBRE

Por JOSE MARIA CHAVES

Sólo en espíritus muy superiores la muerte llega a perder su ancestral temor. Desde los tiempos más antiguos las representaciones de ella se hicieron en figuras temerosas y esqueléticas. Cuando la guadaña deja de tener para un hombre ese valor simbólico de segadora de vidas es porque el alma ha llegado a la plena conciencia de su fin trascendente y deja entonces de inquietarle la muerte del cuerpo, que es prisión y cadena. Pero mucho más elevada que esa actitud es aquella que algunos han llamado "nostalgia de la muerte", caracterís-

tica de la civilización egipcia e inspiradora de la voz que grita en castellano: "y muero porque no muero."

En don Víctor E. Caro encontramos el tipo de hombre que logró valorar justamente la vida y que vivió con plena conciencia de otra existencia superior y perfecta. Resulta ese deseo de morir de la sublimación del ansia de inmortalidad que hay en el ser humano y que se manifiesta en las culturas auténticas por el culto a los antepasados:

"Encuentro goces más ciertos
en recordar a los muertos
que en platicar con los vivos."

Así termina don Víctor su hermoso soneto *In Memoriam*, y esa nostalgia nobilísima se refleja una y otra vez en su obra literaria y en su vida, de la cual fue tarea voluntaria y magnífica el culto de su glorioso progenitor y el de sus ilustres antecesores. Obedeció esta actitud suya a dos generosos impulsos: la gratitud y la sincera admiración hacia los seres queridos:

"Solo con mi dolor meditabundo,
velo yo entonces y oigo entre mí mismo
de los seres que amé las voces idas."

(Soneto "Voces")

Esa es la explicación de la suave melancolía que se observa en los escritos de don Víctor E. Caro, cuya vida se repartió entre su hogar y sus libros de acuerdo en un todo con una ilustre tradición familiar, con la modestia de su carácter y la bondad de su corazón sin ambiciones:

"Glorias que me ofrece el mundo
miro con ojos esquivos".

Poseyó una ingente sensibilidad artística y una verdadera vena poética heredada de la "naturaleza volcánica" del gran lírico José Eusebio Caro, y cultivó la poesía con arte de calidad definida por Gómez Restrepo con las siguientes palabras: "Su inspiración ha brotado del fondo de su alma, apasionada y sensible, capaz de conmoverse hasta las lágrimas y

de descubrir la poesía en humildes pormenores de la vida doméstica."

Existe una singular analogía entre don Víctor E. Caro y el gran poeta-matemático francés Pascal: ambos dedicaron parte de sus predilecciones a las ciencias exactas, en las cuales el uno realizó importantes descubrimientos y el otro observaciones interesantísimas que luego consignó en el volumen que publicó bajo el título de *Los Números*; ambos fueron poetas cristianos y tuvieron una formación según la mente de Pitágoras, con bellas artes y matemáticas. En cuanto a los fenómenos que agitaron el espíritu del solitario de Port Royal con relación a sus creencias, algo semejante debió ocurrir en la mente del señor Caro, aunque en grado mucho menor, porque la raigambre de su fe era mucho más firme; sin embargo, escribió don Víctor en su precioso soneto llamado *Sirio*:

"Félic quien aplicando el telescopio
de la propia conciencia al cielo propio,
cuando el diciembre de la vida ilegal,
ve que la estrella de su fe sencilla
que empañó en otra edad la pasión ciega,
en alta noche luminosa brilla"...

Claro está que ese parecido entre uno y otro es un parecido por lo alto, es decir, de cualidades y dotes mentales, porque ninguno de los defectos y errores del francés pueden señalársele a Caro, cuya fe fue para él, según palabras de su discurso de recepción en la Academia Colombiana: "Sagrado recinto de mis antiguos lares y patria de mis afectos."

Supo ser también don Víctor un traductor acertadísimo de poetas tan difíciles como Giacosa y Rostand, enriqueciendo así las letras con joyas como los versos del autor de *Cyrano* y *Les Romanesques*.

Entre las numerosas producciones poéticas de género ligero hay una que por tener todas las características de la auténtica poesía popular, como la desean los poetas de la escuela lorquiana, se ha convertido en cántico hogareño, como los antiguos romances: me refiero a *La gallina nicaragua*, una

de las muestras de la preocupación de don Víctor por lo infantil, preocupación que le llevó a publicar la revista *Chanchito*, única en Colombia, tanto por su objetivo como por lo selecto de su material.

Si el señor Caro fue matemático insigne, poeta inspirado y gran prosista, se le recordará siempre también por sus gestos hidalgos de todas las horas, por su amable manera de tratar a sus amigos y por el agrado de su conversación, tan discreta como ingeniosa y sabia. En el elogio que escribió sobre don Hernando Holguín y Caro hay unas líneas que muy bien se pueden aplicar a su propia persona: "Aires tenía, porte y maneras de grande y magnífico señor, que provocaban darle el título de merced o excelencia, y era su trato ingenuo, festivo y afable como otro no he conocido."

Ese fue don Víctor Eduardo Caro, artista, sabio y, sobre todo, varón ejemplar, cuyo recuerdo será imborrable y cuya obra constituirá un orgullo para las letras nacionales.

ALBERT THIBAUDET Y LA CRITICA MODERNA

Desde los tiempos de las antiguas culturas helénicas, la crítica ha sido uno de los géneros literarios de más noble provecho y de mayor interés, para los pueblos que persiguen un ideal de civilización y una tradición cultural continuamente renovada. Los escritores griegos comprendieron esta verdad, y sus obras han resistido por eso el influjo de varios millares de años. Y así puede decirse hoy, que Herodoto, a través de la maravillosa historia de su pueblo, hizo labor crítica, analizando las costumbres y la moral de su época, estudiando las causas y los efectos de los fenómenos sociales. Homero, Sófocles y Esquilo, reflejaron en sus obras poéticas y dramáticas las tendencias sociales y políticas de sus contemporáneos y como observadores imparciales de su tiempo, pueden ser considerados igualmente como críticos de la humanidad. Las obras de Platón, de Sócrates y de Aristóteles, son también, a su manera, ensayos críticos del hombre, de la sociedad, de la vida. Y esto mismo que se dice de la crítica en la cultura griega podría decirse en forma idéntica con relación a la cultura egipcia y a la romana, a la indú y a la china. Los grandes humanistas de la Edad Media fueron, asimismo, eminentes críticos humanos, a quienes preocuparon los problemas de las relaciones del hombre con Dios y con el mundo, las funciones primordiales de la materia y el espíritu. Por tanto, la crítica ha sido siempre la disciplina ordenadora del conocimiento, que orienta la mente humana hacia la verdad y concretiza los sentimientos, las ideologías y los deseos de los pueblos. La crítica resume en principios, la labor intelectual y material de varios siglos de esfuerzos humanos, proporcionándole al hombre en un momento dado la visión completa del origen, crecimiento y